

Prólogo

ELOGIO DE LA RUPTURA

No sería insensato pensar en Eduardo Monteverde como un René Guénon ateo y laico que le habría podido devolver la serenidad a André Gide. Este escritor mexicano eligió ir mucho más lejos que el esotérico francés. Escribió ensayos, crónicas, cuentos, novelas y poesía. Aunque en ningún caso podría admitir la noción de “nohumano”, Monteverde también rechaza categóricamente el sentimiento y la moral como elementos esenciales del ser humano. Para muchos autores, la cuestión de saber si la literatura está hecha de buenos o malos sentimientos está hoy en día caduca. Y seguramente, las escritoras y los escritores latino-americanos han contribuido en gran medida a esto. Y la literatura no ha dejado nunca de ofrecer la mejor educación sentimental.

Los cuentos de Eduardo Monteverde aquí reunidos ilustran con precisión la sentencia anterior. Aquí encontraremos el pensamiento y las convicciones de un autor, médico y periodista, que eligió la literatura para denunciar la cobardía, el cinismo y la ferocidad que gobiernan nuestros tiempos.

Eduardo Monteverde se apoya en la realidad para fundar su obra. Es más, es en la vida – la de otros, pero sobre todo la suya – en lo que está basada: está México, lugar de observación tristemente concluyente, su experiencia de varias vidas, las acciones que llevó a cabo en numerosos dominios profesionales, su vocación por la medicina y la escritura.

En nuestros días, las vías de la erudición y el saber ya no son las más seductoras ni las más respetadas. Por tanto, proponer identificarlas y recorrerlas quizás no sea lo más sencillo. Es más, solemos llamar “cultura” a un inmenso conglomerado de saberes y creaciones “artísticas”, una masa confusa que se acerca más a un pasatiempo que se consume rápidamente para ser reutilizado inmediatamente después.

Será mejor, pues, advertir a las lectoras y lectores habituados a ese tipo de producción, que tal vez no se sentirán tan a gusto con la dificultad y rigurosidad de estos relatos.

Contar una historia evocando hechos, lugares y personajes históricos y refiriéndose a los mitos, símbolos, arcanos y leyendas del universo conocido, requiere erudición, esfuerzo y curiosidad; en una palabra, interés, de parte del lector. Más aún, la elección de lenguaje y estilo, a menudo cercanos a la expresión poética, no siempre sigue la ortodoxia y la disciplina sintáctica y mucho menos los códigos de redacción de la narración simple y directa.

Por otra parte, el rigor científico está presente aquí para evitar que la espiritualidad se confunda con la creencia, la fe, la superstición y el dogma.

Practicante, pensador y activista, Eduardo Monteverde conoce los valores y beneficios del ejemplo, la didáctica y el diálogo. Lector unidimensional, él sabe evitar la tentación “imitadora”, pero en su escritura se percibe el espíritu de Poe, Faulkner, Conrad, Rulfo, Cossery o Char.

Al denunciar las teorías, formuladas o “listas para llevar” (el multiculturalismo e indigenismo, por ejemplo), y al describir las actuales “fuerzas del mal” (las colusiones más o menos visibles de los estados con la expandida delincuencia finamente organizada, entre otras cosas), los cuentos de Monteverde nos permiten comprender que en la religión capitalista, el “progreso” que desprecia, olvida o pretende ignorar la tradición, se abole a sí mismo o, mejor dicho, se canibaliza.

Pero si el acto de rebelarse debe continuar, también debe evolucionar. Julio Cortázar lo anuncio con *Rayuela* en los años sesenta. “Nada está perdido si se tiene por fin el valor de proclamar que todo está perdido que hay que empezar de nuevo”.

Nada que vaya más de acuerdo con el filósofo italiano Giorgio Agamben, quien escribió que “la profanación de lo improfanable es el deber político de la próxima generación”¹

Una profanación que podría comenzar con todas esas cosas que fueron en principio profanas y luego sacralizadas con el tiempo: el capital, el mercado, las fábricas de fanatismo.

Jacques Aubergy

¹ Agamben, Giorgio, *Profanaciones*, Anagrama.